

asombra encontrar en siglos cristianos. Hubo incrédulos en aquellos tiempos de fe ciega; hubo libres pensadores en medio de una sociedad que descansaba sobre la tradición; hubo espíritus aventureros que se sentían oprimidos en las cadenas de un dogma inmutable. Soñaron un cristianismo nuevo que llamaron el *Evangelio eterno*, y que era la consecuencia de las opiniones heterodoxas de Tertuliano. En la antigua ley fué Dios Padre quien se reveló al mundo, y reveló, sobre todo, su poder; Jesucristo reveló la sabiduría; el Espíritu Santo inaugurará una tercera edad de la humanidad en que reinará la caridad. No insistamos sobre ensueños á que se ha atribuido una excesiva importancia: no es ese el camino del perfeccionamiento. El hombre se perfecciona obrando, trabajando, y no soñando una perfección imaginaria, tal como la caridad del *Evangelio eterno*, porque esta caridad no era otra cosa que la abdicación de toda individualidad humana.

Dejemos á los soñadores y vengamos á la realidad. Á la edad media sucede el Renacimiento, tiempo feliz entre todos, pues que los hombres tenían placer en vivir, cuando de ordinario hallan tan pesada la carga de la vida ó denigran por lo menos lo presente para exaltar un pasado imaginario. ¿Por qué veían los letrados de los siglos XV y XVI todas las cosas por el prisma de la felicidad que las embellece? Porque su época era un verdadero renacimiento, una nueva vida, y era, ante todo, un renacimiento científico. ¡Qué dicha, después de tan larga privación, saciar su sed en las puras fuentes de la antigüedad! Hay que oír á Rabelais celebrar esta ventura en su expresivo lenguaje: "Antes del renacimiento de las letras, dice Gargantua, el tiempo era tenebroso, y como que sentía la infelicidad y calamidad de los Godos, que habían destruido toda buena literatura; mas por la bondad divina ha sido devuelta en mi edad la luz á las letras, y tal enmienda veo, que al presente sería yo recibido con dificultad en la primera clase de súmulas que en mis viejos tiempos era reputada, no sin razón, lo más sabio del siglo... Yo encuentro á los bandidos, á los verdugos, á los aventureros, á los palafreneros de ahora más doctos que los doctores y los predicadores de mi tiempo."

Como se ve, la impresión que hizo el Renacimiento en los espíritus fué el reverso de los sentimientos que la humanidad había experimentado

hasta entonces y de los que experimenta todavía en los días de laxitud. No recordaba con pena lo pasado; ponía lo presente por cima de la barbarie que reinaba en la época de su juventud; y esta predilección por lo nuevo no se limitaba á la literatura, se producía en todas las manifestaciones del espíritu humano. Se pensaba generalmente que "valían las cosas nuevas más que las antiguas, únicamente por ser nuevas" (1). Y, en efecto, había novedades que rayaban en el prodigio: la maravillosa invención de la imprenta, el descubrimiento igualmente milagroso de un nuevo mundo debían despertar en los espíritus un gusto decidido por la innovación. Pudiera creerse á primera vista que la manía por la antigüedad que caracteriza al Renacimiento estaba en contradicción con esta pasión por la novedad; pero los que reprochan á los letrados del siglo XVI el culto de los antiguos se paran en la superficie de las cosas. ¿Por qué se enamoraron de Platón, de Cicerón, de Tucídides y de Tácito? Porque la antigüedad les daba á manos llenas lo que el estrecho é intolerante cristianismo de la edad media les había negado, los goces del espíritu y del libre pensamiento. El respeto supersticioso y hasta ridículo á la antigüedad no era una nueva cadena que sustituyera á la del dogma, sino que era, por lo contrario, una emancipación.

Oigamos á uno de los bellos ingenios del Renacimiento, tan fecundo en genios. Tomás Morus escribió una *Utopía*, nombre que ha venido á caracterizar un nuevo género de literatura. ¿Por qué apareció la primera utopía en el siglo XVI? ¿Por qué no tuvo la edad media el pensamiento de concebir otro ideal que el ideal católico? Precisamente porque la edad media era católica y estaba ligada á un dogma inmutable como la verdad eterna. Tomás Morus se mofa de los que creen haber pronunciado un oráculo cuando han opuesto á un proyecto de innovación esta vana objeción: "Nuestros padres así lo pensaron y así lo hicieron. ¡Plegue á Dios que igualemos la sabiduría de nuestros padres!" "¿No se diría, exclama nuestro utopista, que va á perecer la sociedad si se encuentra un hombre más sabio que sus antepasados? Mantengamos las buenas instituciones que nos han legado; pero

(1) Palabras de PARACELSO (BUCHER, *Introduction à la science de l'histoire*, t. 1, p. 5).

cuando se proponga una mejora, no nos aferremos á la antigüedad para no seguir el progreso." Los Utopianos no son de esos retrógrados sistemáticos, de esos conservadores á todo trance; su legislador quiere que cultiven libremente su espíritu, que desarrollen sus facultades intelectuales con el estudio de las ciencias y de las letras. *En ese desarrollo completo hacen consistir la verdadera felicidad.* ¿Que Dios nos dé el régimen de la Utopía! No se trata ya de uno de esos sueños imposibles como los que se forjaban en la edad media bajo la inspiración de la Sagrada Escritura; la ley que Tomás Morus asigna á la humanidad es ciertamente la que Dios le ha dado; tiende á penetrar en la conciencia general, y una vez recibida como artículo de fe, regenerará á los individuos y renovará el mundo.

Desde que se admite que el destino del hombre es desarrollar sus facultades, hay que reconocer que el progreso crece incesantemente, pues la perfectibilidad no tiene otro límite que la imperfección humana. Cada generación añade algo al tesoro de conocimientos y de experiencias que ha recibido de las pasadas y que lega á su vez á las futuras; y así llega á concebirse la humanidad como un solo ser que va siempre perfeccionándose. Ya se había elevado á esta idea Rogerio Bacon en el aislamiento de la edad media, y volvemos á encontrarla en el siglo XVI en un médico filósofo. "Preciso es que consideres, dice Paracelso, que todos, sin excepción, cuanto más vivimos, más instruidos nos hacemos; y cuantos más siglos emplea Dios en instruirnos, más extensión da á nuestros conocimientos; y cuanto más nos acercamos al juicio final, más crecemos en ciencia, en sabiduría, en penetración, en inteligencia, porque todos los gérmenes depositados en nuestro espíritu alcanzarán su madurez; de suerte que los últimos venidos serán los más adelantados en todo, como los menos adelantados los primeros" (1). Esta doctrina del progreso es en apariencia tan completa como la del siglo XIX. Pero hay reservas que hacer. Paracelso habla del juicio final, y hé ahí ya un límite á la perfectibilidad que no puede aceptar la filosofía y que prueba que el médico del Renacimiento estaba todavía ligado en los lazos de la creencia cristiana. En efecto, cree en el pecado original y en la depravación

(1) *Liber de inventionibus artium* (citado por FRANCE, *Paracelso*, en *les Séances et travaux de l'Académie des sciences morales et politiques*, 1853, t. IV, p. 387).

que de él resulta, lo cual es inconciliable con el dogma del progreso, incurriendo, por consecuencia, en opiniones contradictorias que se excluyen recíprocamente. Así, no nos extraña ver á este partidario tan decidido de la perfectibilidad lamentarse en varios pasajes de que las artes han perecido y de que el mundo no es más que una cueva de bandidos (1). Paracelso era alquimista, y, por consiguiente, entusiasta de su oficio, y hay que desconfiar de esos espíritus poco discretos que van siempre á los extremos, según la inspiración del momento.

Hé ahí por qué no damos tampoco gran importancia á los ensueños de Campanella, monje filósofo, político, poeta, que pasó una gran parte de su vida en los calabozos de la Inquisición. Escribió también una utopía; pero es utopista en el mal sentido de la palabra; es decir, no tiene en cuenta, en sus aspiraciones, las leyes de la naturaleza humana, y es más un precursor de los socialistas y de los comunistas que de la filosofía del siglo XVIII. Los admirables inventos que señalaron el comienzo de la era moderna le deslumbraron y le hicieron concebir esperanzas tan ilimitadas en lo porvenir, que sus palabras parecen más una profecía que una deducción filosófica: "Se erigirá una nueva monarquía; las artes y las leyes sufrirán una completa reforma: habrá profetas, y regenerado así el universo, será colmada de bienes la santa nación del Cristo; mas será preciso destruir y desarraigir antes de construir... Si la dichosa edad de oro ha existido alguna vez sobre la tierra, ¿por qué no habría de existir de nuevo?... Entonces verán los filósofos esa república perfecta, descrita por ellos y que no ha existido todavía en la tierra."

No, no es esa la doctrina del progreso, la cual no cree en una edad de oro, ni en lo porvenir ni en lo pasado, porque la perfectibilidad implica la imperfección, y no hay que ser un profundo pensador para deducir de aquí que un ser imperfecto por esencia no puede llegar á la perfección. Dejemos esos ensueños que á nada pueden conducir sino á provocar en los espíritus débiles el disgusto del mundo real que está tan lejos, y lo estará siempre, de la edad de oro. Una condición primordial para concebir la verdadera creencia del progreso es abandonar el cristianismo tradicional, porque

(1) *De Sulphure* (Opera, t. II, p. 197.)

un cristiano no puede admitir progreso en el dominio de la religión; y ¿qué sería nuestra perfectibilidad si hubiéramos de quedar perpetuamente encadenados en los vergonzosos lazos de la superstición? Había en el siglo XVI, en Italia, un filósofo muy mal reputado por su fe: Pomponaccio era de esa escuela de libres pensadores que afectaban un profundo respeto al cristianismo, arruinándolo en su enseñanza, y fué el primero, que sepamos, en establecer claramente la necesidad del progreso religioso. Si la humanidad va siempre perfeccionándose, dice Pomponaccio, ¿no es absurdo decir que la religión quedará eternamente la misma? ¿No debe seguir el progreso que se cumple en torno de ella, para estar en armonía con los sentimientos y las ideas de los hombres cuya educación está llamada á dirigir? No hay por esto ninguna religión que no tenga su período de progreso, para llegar después á la decadencia. Pomponaccio tuvo el atrevimiento de aplicar esta ley general al cristianismo; creía que la religión cristiana había llegado á su decadencia, porque habían cesado ya de largo tiempo en su seno los milagros, y el filósofo italiano pensaba que los milagros debían acompañar siempre á la institución de las religiones y á su dominación (1). Existen todavía preocupaciones cristianas en el libre pensador del siglo XVI, y falta también algo á su doctrina del progreso religioso. La decadencia de las religiones no es más que aparente: lo que tal llamamos, y aun su muerte misma, es una transformación. En el momento mismo en que Pomponaccio predecía la próxima muerte del cristianismo, entraba en una época de transformación la religión tradicional; la Reforma fué un primer paso fuera del cristianismo inmutable; después se han dado muchos otros; ya se dan las sectas avanzadas del protestantismo la mano con los filósofos, y bien pronto se abrirá sin ningún milagro una nueva era religiosa.

A un filósofo inglés es á quien se atribuye ordinariamente la gloria de haber formulado el primero la doctrina del progreso. No nos uniremos á los detractores de Francisco Bacon, pero nos es imposible reconocerle la gloriosa iniciativa que se le atribuye. Tiene un mérito, el de haber dado la palabra á la idea: uno de sus principales escritos

(1) *De Incantationibus*, analizado por MATTER, *Histoires doctrines morales et politiques des trois derniers siècles*, t. 1, páginas 64-66.

se intitula: *Del progreso y del adelantamiento de las ciencias divinas y humanas*. Únicamente está de más la palabra *divinas*, si se la entiende en el sentido de que Bacon pensaba en una teología ó en una religión progresivas. El ilustre canciller era demasiado prudente para malquistarse con los poderes establecidos, y la Iglesia era un poder, y más que en cualquier otra parte en Inglaterra, porque se fundaba en la ley. En este terreno enarbola Bacon resueltamente la bandera del progreso; pero ¿era una idea nueva? Data de Aristóteles, y en las tinieblas de la edad media, un monje que llevaba el nombre del filósofo ministro había dicho en su tancia lo que no hizo más que repetir el pensador del siglo XVI. Al pobre monje, mártir de su audacia en rechazar toda autoridad, es á quien debemos ciertamente celebrar más bien que al canciller, que vino después del Renacimiento, después de la Reforma, á enseñar al mundo lo que ya sabía de siglos atrás, es decir, que quedaban todavía muchos progresos por realizar en todas las ramas de la ciencia.

Y para que no se nos acuse de injusticia ó de ingratitud vamos á transcribir el conocido pasaje en que Bacon asienta el principio del progreso científico: "Otra causa que ha creado obstáculos á los progresos que los hombres habían debido hacer en las ciencias, y que los ha clavado, por decirlo así, en el mismo sitio, como si estuvieran encantados, es el profundo respeto que tienen á la autoridad... La opinión que de ella se forman, por no haberla pensado suficientemente, es enteramente superficial; á la ancianidad del mundo y á su edad madura es á lo que debe darse el nombre de antigüedad. Ahora bien, la ancianidad del mundo es el tiempo en que nosotros vivimos y no aquel en que vivían los antiguos, que era la juventud; pues que, en verdad, el tiempo en que vivieron es el más antiguo por relación á nosotros, mas por relación al mundo era el más nuevo. Y del propio modo que cuando hay necesidad de encontrar en alguien un gran conocimiento de las cosas humanas y una cierta madurez de juicio se buscan una y otra más bien en un viejo que en un joven, así por la misma razón, si nuestro siglo, conociendo mejor sus fuerzas, tuviera el valor de probarlas y la voluntad de aumentarlas ejercitándolas, se podrían esperar más grandes cosas que de la antigüedad, donde se buscan sus modelos, porque teniendo más edad el

mundo, se ha multiplicado al infinito la masa de las experiencias y de las observaciones,, (1). Esto está bien pensado y bien dicho; pero Rogerio Bacon había ya dicho lo mismo en el siglo XIII, y lo había dicho sacrificando su libertad á su pasión por la ciencia, mientras que Francisco Bacon no mostró gusto por el martirio; y para hablar en puridad, el canciller que vendía la justicia era poco digno de hablar de progreso, porque él mismo era una objeción viva contra el progreso moral.

En nuestro sentir merece ponerse por cima de Bacon un publicista francés contemporáneo suyo: Bodin es en muchos respectos un precursor del siglo XVIII. Una obra, que se había conservado largo tiempo en manuscrito y que se ha publicado en nuestros días, atestigua que era librepensador sin ser incrédulo; había hecho un profundo estudio de la historia, y estaba, por consecuencia, preparado para plantear la cuestión del progreso en su verdadero terreno, el de los hechos. Bodin rechaza la vieja fábula de una perfección primitiva: "La supuesta edad de oro, dice, era una verdadera edad de hierro, pues que, según el testimonio de todos los historiadores, la fuerza era lo que dominaba en la cuna del género humano. No fué sino insensiblemente como fué cediendo la barbarie á la humanidad... Combate la preocupación de que las cosas humanas van empeorándose; responde, y la respuesta es perentoria, que si tal fuera, há largo tiempo que habría perecido la humanidad á fuerza de excesos y de crímenes. El historiador francés apela á los hechos. No es entusiasta de los Griegos y de los Romanos, como Rousseau y Mably lo fueron en el siglo pasado; recuerda que, en la legislación tan ponderada de Licurgo, el vicio estaba erigido en virtud; que en Roma servía la muerte de diversión al pueblo rey, y que en la remota antigüedad sacrificios humanos manchaban todas las religiones. La glorificación de lo pasado á expensas de lo presente es sencillamente una preocupación. ¿Por qué alaban los viejos el tiempo pasado? Porque juzgan lo presente á través de los achaques y decadencia de su edad, y aprecian lo pasado con los recuerdos de la juventud (2). Cuando bajo este punto de vista se escriba la historia, será la de-

mostración evidente de la ley del progreso que rige el mundo.

### § III.—El progreso del siglo XVII

#### I

Dice un filósofo francés que la idea del progreso es el lazo que une al siglo XVIII con el XVII (1). El vínculo es incontestable, pero se remonta á mucho más atrás, como acabamos de probarlo. Hay más. El siglo XVII, por su propio genio, era poco á propósito para tomar una resuelta iniciativa en el camino de la innovación. Literario ante todo, á lo menos en su segunda mitad, monárquico, ortodoxo, conservador, no tuvo las ardientes aspiraciones que encontramos en el siglo XVI. Verdad es que la edad del Renacimiento y de la Reforma, por razón de su mismo entusiasmo, se excedió con frecuencia de su fin, y traspasar el fin es extraviarse. Fué por consecuencia un bien providencial que sucediera á un siglo que llevaba hasta el extremo su ardor y su esperanza otro más tranquilo, más sosegado, aguardando la revolución. Según esto, pocas ideas nuevas pueden esperarse del siglo XVII. El progreso religioso encuentra en él pocos representantes tan decididos como Pomponaccio. El progreso social está reprimido por el despotismo; queda el progreso científico, literario, filosófico, y en este terreno es donde se concentra el trabajo del siglo XVII en la lenta elaboración del dogma de la perfectibilidad.

Encontramos á Descartes en el primer rango entre los filósofos modernos, pero no es librepensador sino cuando defiende su causa; se atiene á la filosofía pura, no trata de tocar á la teología; y si habla del progreso, es en las ciencias naturales, cuidando, sin embargo, de no aventurarse demasiado lejos en el terreno de la astronomía. Hablando de sus descubrimientos en física, dice: "Me han hecho ver que es posible llegar á conocimientos que sean muy útiles en la vida, y que en lugar de esta filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, se puede encontrar en ellos una práctica por la cual, conociendo la fuerza y la acción del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cie-

(1) *Novum Organum*, i, 84, traduc. fr. de RIAUX.

(2) *Methodus ad faciliorem cognitionem*, c. VIII, p. 474-480, edición de 1672.

(1) LEROUX, *De la loi de continuité qui unit le dix-septième au dix-huitième siècle* (*Revue encyclopédique*, t. LVII, p. 465).